

# EL OTRO MÉTODO

UN LIBRO INCÓMODO SOBRE  
LAS RELACIONES DE PAREJA



## Neil Strauss

-El donjuán que escribió *El método* y practicó «el método»  
sale en busca del amor y descubre que la tarea es muy ardua...  
y divertidísima.-

JOEL STEIN, *TIME*

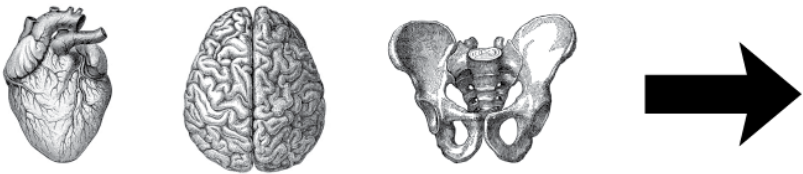
Si *El método* nos enseñó la receta de la seducción infalible, ahora aprenderemos a cultivar las relaciones de pareja.

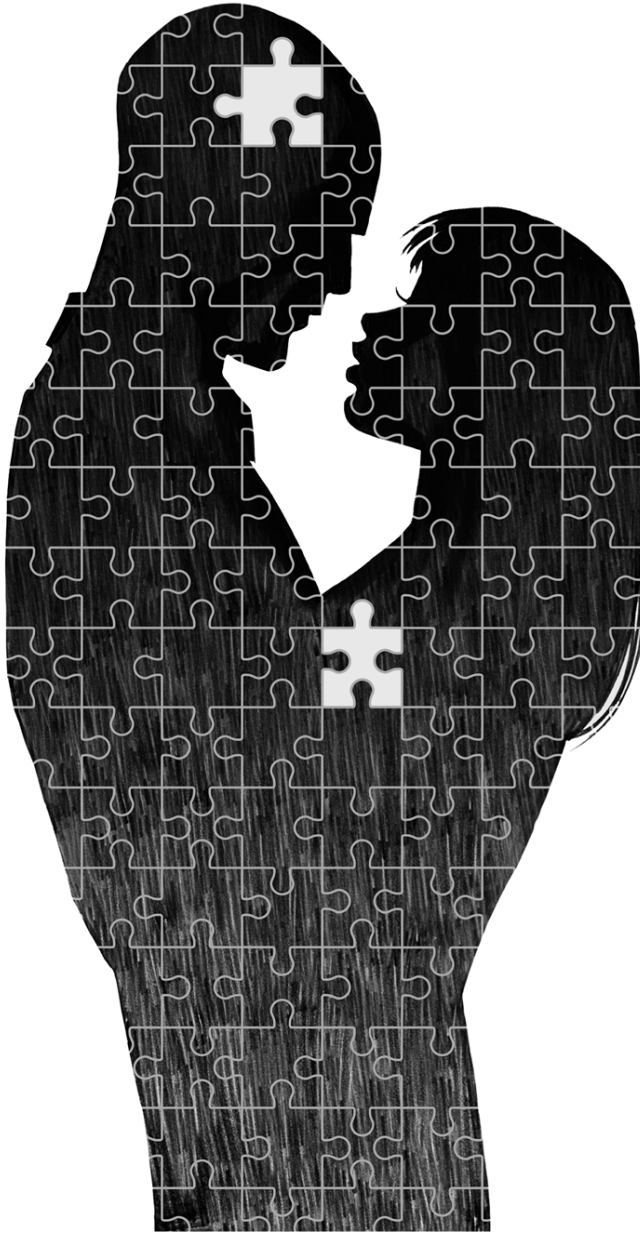
¿Es la fidelidad una quimera? ¿Son las alternativas a la monogamia el camino para conseguir mejores relaciones y alcanzar la felicidad? ¿Qué nos atrae en nuestros compañeros de aventuras y desventuras? ¿Podemos evitar que el deseo y la pasión se desvanezcan con el paso del tiempo?

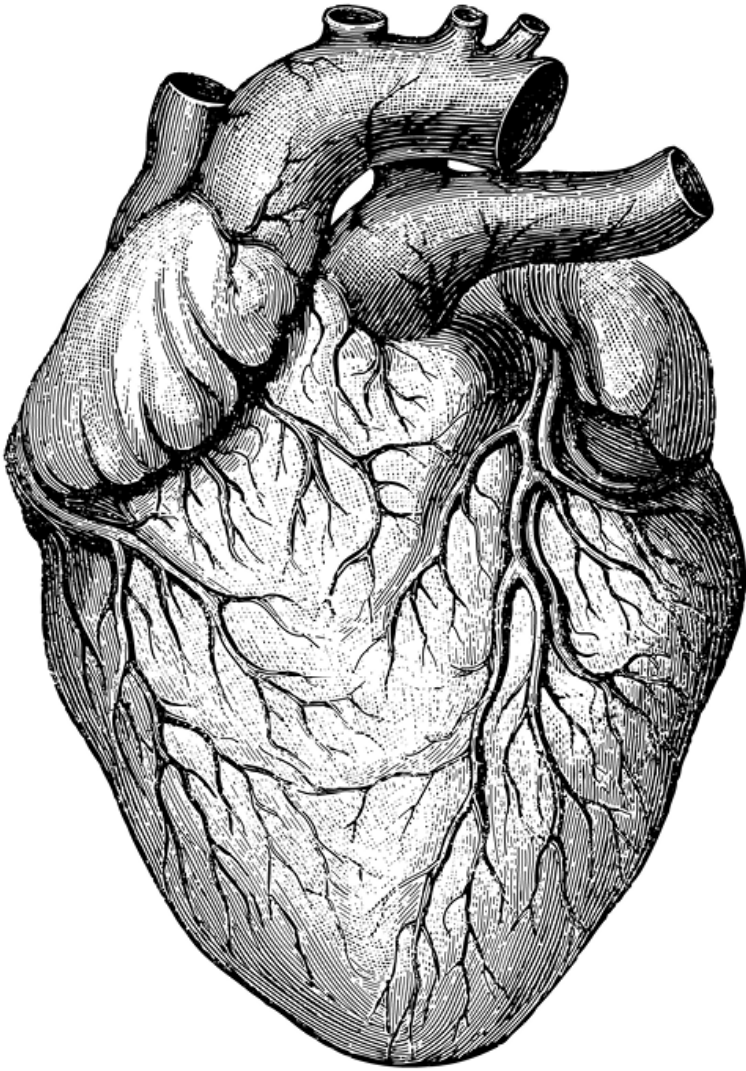
Neil Strauss exploró estos enigmas tras sufrir una crisis existencial provocada por su adicción al sexo y el empleo sistemático (o más bien obsesivo) de los procedimientos que él mismo recomendaba. Se enamoró, y ese pequeño factor alteró completamente el paisaje. Un día decidió abdicar la corona de la seducción, cambió de bando y afrontó el mayor de los desafíos: la búsqueda del amor verdadero y, una vez hallado, de la estabilidad en la pareja. Una búsqueda que resultó ser extraordinariamente ardua e inesperadamente divertida.

A mi madre y a mi padre.

Dicen que el amor de los padres es  
incondicional.  
Esperemos que siga siéndolo después de leer  
este libro.







LAS PERSONAS SON ASÍ,  
SE NECESITAN MUTUAMENTE,  
SOLO QUE NO HAN APRENDIDO A CONVIVIR.

---

—RAINER WERNER FASSBINDER

*Las lágrimas amargas de Petra von Kant*



## ADVERTENCIA

Las siguientes páginas contienen una de las palabras más aterradoras y obscenas que existen en nuestra lengua: compromiso. En concreto, la clase de compromiso que suele preceder o seguir al amor y al sexo.

La falta de compromiso, el exceso de compromiso, el compromiso mal elegido y los malentendidos en torno al compromiso han conducido a asesinatos, suicidios, guerras y grandes cantidades de sufrimiento.

También han dado como fruto este libro, que es un intento de averiguar en qué punto se equivoca tanta gente una y otra vez en lo referido a las relaciones personales y al matrimonio, y si existe una forma mejor de vivir, de amar y de hacer el amor.

No obstante, no es este un viaje que se emprendiera con un objetivo periodístico. Es el relato dolorosamente honesto de una crisis vital a la que me vi abocado como consecuencia de mi propio comportamiento. Al igual que la mayoría de los periplos personales, parte de un lugar lleno de oscuridad, confusión y necesidad.

Como tal, exige que comparta multitud de cosas de las que no me enorgullezco y unas cuantas de las que tengo la sensación de que debería arrepentirme más de lo que me arrepiento. Porque, por desgracia, en este cuento yo no soy el bueno. Soy el malo.





Ingrid: Si eres tú, en serio, no leas esto.

¿Por qué no vas a mirar si tienes correo o algo así?

¿Has visto el vídeo del gato ese que actúa como una persona? Es para partirse de risa, quizá deberías irte a verlo. De todas formas, este libro tampoco es muy bueno. He escrito otros mucho mejores. Ve a leer uno de esos.

Hablo en serio, deja de leer ahora mismo.

ES TU ÚLTIMA OPORTUNIDAD.



Prólogo

# LAS CARTAS BOCA ABAJO





Todas las familias tienen un muerto en el armario.

Puede que sepas quién es el muerto de tu familia. Puede que ese muerto seas tú mismo. O puede que creas que tu familia es diferente, que es la excepción que confirma la regla, que seas uno de esos seres afortunados con unos padres perfectos y sin secretos truculentos. Si es así, es porque todavía no has dado con la puerta del armario que tienes que abrir.

Durante la mayor parte de mi vida yo también creí ser de los normales. Pero entonces di con la puerta del armario que tenía que abrir.

Estaba en el dormitorio de mi padre. La puerta era blanca, con la pintura un poco descascarillada por los bordes y un pomo dorado, desgastado por la mano grande de mi padre. Giré el pomo, seducido por la expectativa de encontrar pornografía; mi mano sobre la marca de la de mi padre.

Yo era un adolescente virgen, ya mayor, mis padres habían salido y suspiraba desesperadamente por la piel femenina, cuyo acceso en la vida real me estaba vetado. Ya antes había encontrado un *Playboy* y un *Penthouse* entre las pilas de revistas de mi padre, por lo que entraba dentro de lo razonable que en algún lugar recóndito de su cuarto existiera alguna forma superior de pornografía: de la que se mueve. Porno de verdad.

En el fondo del armario, detrás de las hileras de camisas de vestir azules, de algodón y poliéster, casi blancas de tantos años de lavados, y con los bolsillos marcados con sus iniciales, di con tres bolsas marrones de la compra llenas de cintas de vídeo. Me senté en el suelo y fui inspeccionándolo-

las meticulosamente una a una, cuidando de devolverlas a su sitio, en el orden inverso al que las había ido sacando.

No había ningún vídeo etiquetado como porno, pero sabía que mi padre no sería tan idiota como para hacer algo así con mi madre rondando por allí. Así que aparté las cintas que no estaban marcadas. Como nunca me habían dejado tener mi propio televisor, me llevé las cintas a la sala de estar, donde había una tele y un reproductor de vídeo, viejos obsequios de un tío viejo.

Me sentía como si estuviera a punto de explotar.

Puse el primer vídeo y me quedé planchado al ver un concierto de jazz de Dizzy Gillespie grabado de la televisión pública. Pulsé el botón de avanzar, con la esperanza de que fuera solo el camuflaje de una escena entre dos rubias núbiles. Pero lo que vino después era un capítulo de la serie *Newhart*, seguido de una obra de teatro. Era tan poco masturbatorio que tiraba de espaldas.

La siguiente cinta era una grabación de *Historias de Filadelfia*, seguida de un partido de tenis, y luego nada más que nieve.

Coloqué la tercera cinta en la ranura del reproductor y la vi hundirse lentamente en el aparato. Le di al *play* y, en cuanto vi lo que había en la cinta, toda mi excitación se apagó instantáneamente, se me puso la piel fría y la imagen que tenía de mi padre, la de un hombre de negocios pasivo y sumiso, cambió para siempre.

Vi imágenes de cosas que ni siquiera sabía que existían.

Y de pronto, como si hubiera abierto por accidente el telón de un teatro para desvelar la tramoya, me di cuenta de que la realidad de mi familia era muy distinta a su fachada.

—Prométeme que no se lo vas a contar a nadie, ni siquiera a tu hermano ni a tu padre —me ordenó mi madre cuando le pregunté por lo que había encontrado.

—Lo prometo —la tranquilicé.